

CAPÍTULO XXVIII

LA ALBUFERA DE VALENCIA

I

NUESTROS lectores leerán seguramente con gusto la preciosa narración del ilustre escritor y venador Sr. Pérez Escrich sobre la Albufera.

«Nadie ha comprendido la cacería de las aves acuáticas como los valencianos. El hermoso lago de la Albufera de Valencia no tiene rival en España: es el paraíso, el oasis de la familia de las palmípedas, y en particular del subgénero pato, que, huyendo de los insufribles

hielos del norte, viene á establecer sus cuarteles de invierno en sus tranquilas aguas, bajo su trasparente cielo, á gozar de la templanza de su clima y de los abundantes pastos con que le brindan los arrozales que le cercan ⁽¹⁾.

La naturaleza ha hecho sibarita á toda ave emigradora: busca el clima que más le complace, y con su instinto independiente se proclama por su libre voluntad, y sin darse cuenta de ello, la cosmopolita del espacio.

Los hombres tendríamos mucho que aprender de esas errantes viajeras que tienen el mundo por patria, la comodidad por residencia, la movilidad en busca del charco que más les agrada por precepto higiénico, y á los irracionales por sus eternos enemigos.

Pero volvamos á nuestro tema.

II

Los valencianos han hecho un estudio profundo que les da grandes resultados, convirtiendo la Albufera en un cazadero que bien podríamos llamar *de emperadores*.

De tiempo inmemorial la Albufera viene siendo el paraíso de los cazadores. Los romanos, los godos, los árabes, desde los primeros á los últimos dominadores de esa hermosa vega llamada por todos *el valle de la ilusión*, se han deslizado siempre sobre las tranquilas aguas del hermoso lago en ligeras embarcaciones, desde las cuales han enviado la muerte, bien con la flecha, bien con los halcones, bien con la pólvora, á las pintadas y sabrosas aves acuáticas.

Los arrozales que por todas partes le cercan le dan desde lejos un aspecto verdaderamente deslumbrador, iluminado por los hermosos rayos del Sol, parece un mar de plata sembrado de esmeraldas.

El cielo sonríe sobre la Albufera, ostentando casi siempre un purísimo azul que bruñe y esmalta las aguas de aquel inmenso lago, predilecto oasis de las aves acuáticas, que desde el día de la creación lo eligieron con preferencia para su cuartel de invierno, por el abundante pasto que encuentran, la agradable temperatura de que disfrutaban, y la trasparente brillantez de su claro horizonte.

(1) *Los cazadores*, pág. 183.

III

Sería casi imposible enumerar uno por uno todos los subgéneros de las aves palmípedas que van á refugiarse en la Albufera desde principios de setiembre hasta fines de marzo. Nada tan variado como aquella colonia volátil, cuyas plumas ha pintado la Naturaleza con sus más hermosos colores.

Allí encuentran los cazadores desde el diminuto y saltarín martín pescador hasta el zancudo y pesado flamenco, que, después de hacer su cría en las salinas del Senegal, viene á practicar una excursión por las perfumadas orillas del Turia y respirar las húmedas brisas de los arrozales, impregnadas con el aroma de los naranjos y limoneros.

Pero lo que más abunda, lo que constituye el verdadero recreo de los émulos de San Eustaquio en la Albufera de Valencia, son las *mancudas* ó *foches* ⁽¹⁾, las *zarcelas*, los *collverts* (ánades reales), las *colas de junco*, los *cerrinegros moñudos* y los *silbadores* ⁽²⁾, esos ánades cuyo silbido es el exacto remedo del pífano, cuyo genio alegre é inquieto les impulsa á estar siempre en continuo movimiento, lo mismo de día que de noche, pues el ánade silbador es el ave más bullanguera de los lagos; y sin duda la sabia Naturaleza, para castigar su insoportable alegría, le condena al silencio, á la tristeza, á la indiferencia, durante seis meses del año; y entonces pierde la voz, su bello plumaje, que tanto le enorgullece, se torna de un gris sombrío, que no permite distinguir á los viejos de los jóvenes, á los machos de las hembras.

IV

Desde que se inventó la pólvora, y por lógica consecuencia las armas de fuego, sin otro objeto que el de enviar la muerte con rapidez prodigiosa, puede decirse

(1) Estas aves no emigran: son estacionarias en las lagunas de España.

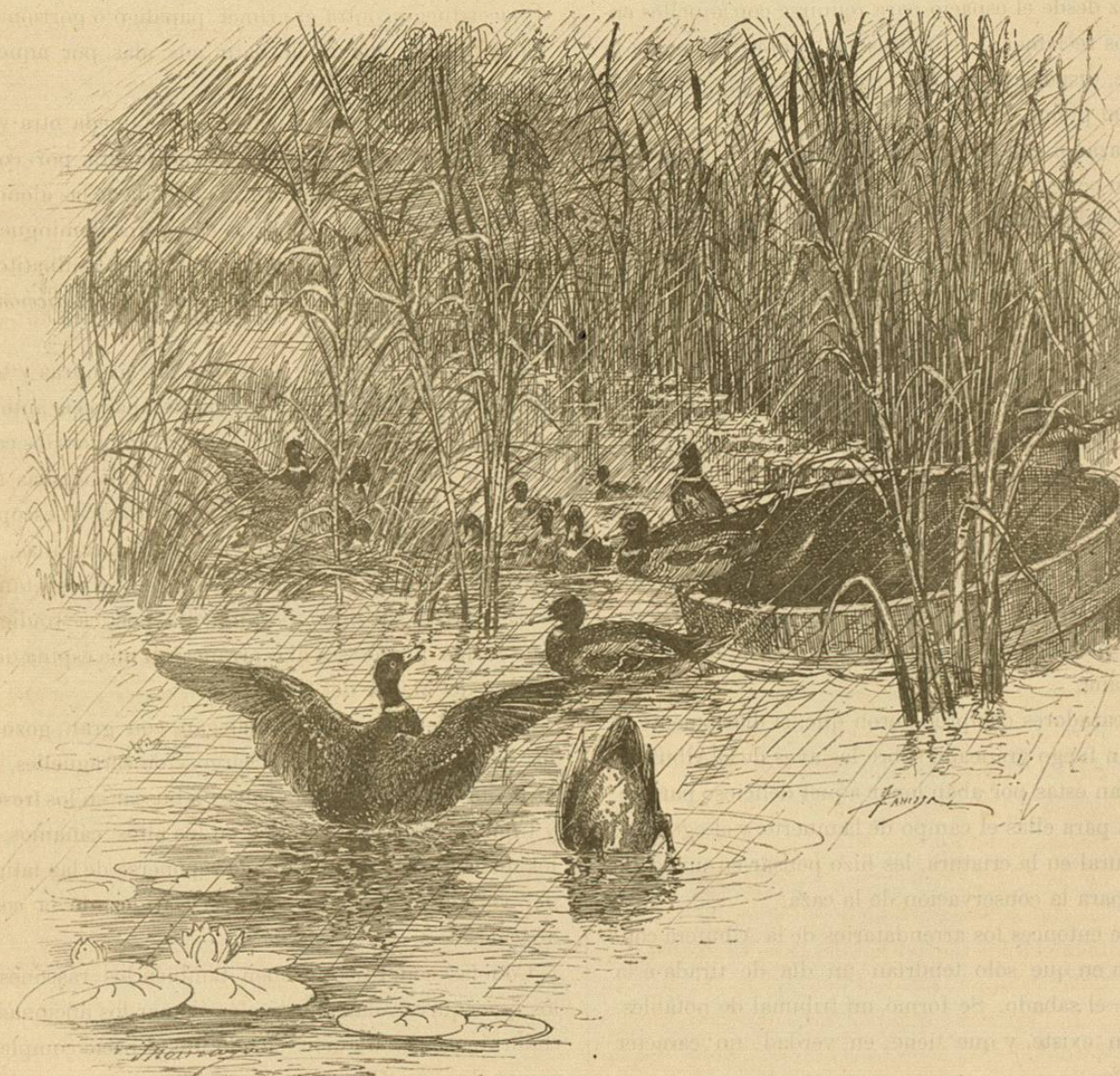
(2) Los cazadores de la Albufera de Valencia denominan, en su dialecto, las catorce clases de ánades que les visitan todos los inviernos del modo siguiente: *collvert, ascle, bragat, cúa de chunch, si- bert, perdigana* (especie de pato perdiz que tiene las patas de color de coral), *boix, morell, roseta, rochet, roncadell, piulo, sarcel, focho*.

que todos los animales que pueblan los montes, los valles y los lagos no han disfrutado un día de descanso. El hombre, su constante perseguidor, su enemigo eterno, les hace una guerra á muerte, impulsado unas veces por la necesidad, otras por su afición y recreo.

Millones de millones de aves acuáticas han muerto sobre las tranquilas aguas de la Albufera, de aquel

hermoso lago que, atrayendolas con sus brillantes resplandores y con su tranquilidad aparente, parecía brindarles con un oasis para descansar de su larga emigración, con un abundante cuartel de invierno en donde olvidar las perpetuas nieves del norte.

Es incalculable el número de miles de arrobas de perdigones que se hallan enterrados en el fondo cena-



En la Albufera

goso de la Albufera. Con lo que costaron podría tal vez rodearse, este lago sin igual, de una muralla de plata.

Poco importa que la sabia Naturaleza haya dotado á la familia de las palmípedas de grandes condiciones para defenderse del hombre, su irreconciliable enemigo, pues éste, más astuto y más ingenioso, ha encontrado medios de burlar la rapidez de su vuelo, la perspicacia de su mirada y la finura de su oído.

V

Sería casi imposible matar un pato en la Albufera de Valencia pretendiendo colocarse á tiro, á fuerza de remos, en una lancha. El hombre lo sabe, y se oculta perfectamente entre el carrizo, se acomoda á su satisfacción en un puesto de madera, calafateado y embreado para que le preserve de la humedad; deja sobre el agua, á 10 ó 12 varas del sitio donde se halla embos-

cado, ochenta ó cien cimbeles de corcho, con ojos de cristal, y perfectamente pintados, que, obedeciendo á un graduado contrapeso de plomo que tienen en la parte inferior, permanecen á flote sobre las aguas, imitando todos los movimientos de los patos.

Las aves los ven con su penetrante mirada, y, creyéndolos compañeros que se hallan allí disfrutando de la envidiable paz de la pereza, se arrojan con increíble rapidez desde el espacio para reunirse con aquellos engañosos reclamos, y entonces el hombre les envía la muerte, dispersando con espanto á los que se libran del fatal plomo.

El cazador en este instante se cree verdaderamente feliz; su conciencia reposa tranquila en el fondo de su alma; la abrumadora voz del remordimiento no le grita: «¡Asesino!» y, cargando de nuevo la escopeta, espera otras víctimas, que no deben tardar mucho.

VI

Parece imposible que acuda á la Albufera una sola ave; y, sin embargo, todos los sábados, desde setiembre hasta marzo, se matan miles de ellas; pues hay cazador, en lo que allí se llama *puesto de preferencia*, que derriba cien piezas desde la hora del alba hasta las once de la mañana.

Los cazadores comprendieron que, si diariamente se hacía un fuego graneado sobre las aves de la Albufera, acabarían éstas por abandonar aquel delicioso paraíso, que era para ellas el campo de la muerte; y el egoísmo, tan natural en la criatura, les hizo pensar en un reglamento para la conservación de la caza.

Desde entonces los arrendatarios de la Albufera convinieron en que sólo tendrían un día de tirada á la semana: el sábado. Se formó un tribunal de notables, que aun existe, y que tiene, en verdad, un carácter primitivo.

Vamos á decir sobre esto dos palabras, porque lo creemos sumamente curioso.

VII

Quizás no exista en el mundo un pueblo más aficionado á la escopeta que Valencia y su ribera: allí los cazadores se cuentan por miles, y los buenos tiradores abundan.

Las costumbres árabes, tan encarnadas en el país, han dejado entre sus hijos una grande afición á la pólvora y á las armas de fuego. Con dificultad se encontrará un valenciano que no posea una escopeta; y en el campo, tan poblado por todas partes de casas y de barracas, no se ven aves estacionarias por la gran persecución que se les hace, pues en cada barraca y en cada casita de campo hay, por lo menos, un aficionado, dispuesto á hacer fuego contra el primer papafigo ó gorrión que tenga la imprudencia de batir sus alas por aquellos poéticos contornos.

A los cazadores de Valencia no les queda otra volatería que las aves de paso. La Albufera, por consiguiente, es su gran recurso; y la llegada de las alondras causa grande alegría entre los cazadores domingueros, que las reclaman admirablemente con un silbatito de hojalata, atrayéndolas hasta tenerlas á jurisdicción de la escopeta.

Cuando los patos, las becacas, las alondras y toda esa multitud de aves de invierno desaparecen ante las primeras alboradas del mes de abril, entonces los cazadores de Valencia van á esperar las golondrinas á lo largo de la ribera marítima, y con redes y escopeta hacen grandes matanzas de esas buenas avecillas, tan sociables, tan amigas del hombre, y que se respetan en todas partes, sin duda por aquella poética tradición que afirma que con sus alas arrancaron una espina de la corona del Mártir del Gólgota.

Detrás de las golondrinas llegan, con gran gozo de los cazadores de pantalón largo y de zaragüelles, las ardientes y confiadas codornices, á buscar en los frescos y tupidos campos de alfalfa, en los altos cáñamos, en los maizales, un refugio donde reponerse de las fatigas del viaje y olvidar los calores y aridez de la costa africana.

Con las codornices vienen también los rascones, á los que equivocadamente suelen llamar los aficionados codorniz *maresa* ó *guión*, siendo una especie completamente distinta. El *rascón*, que pocas veces penetra en el interior de Castilla, tiene recompensado lo corto y pesado de su vuelo con la increíble rapidez de sus piernas, que causa con frecuencia la desesperación de los perros, como no sean muy maestros.

Con los negros y chilladores vencejos y las ariscas y enamoradas tórtolas llega también á las costas valencianas el incomprendible y pesado *saboc*, especie de *espantapastor*, cuyo vuelo más largo no llega nunca á cuarenta metros de distancia, y que sin embargo cruza el mar, emigrando de Africa por el mismo tiempo que las codornices.

¿Cómo pasa las 100 millas de agua un ave de tan corto y pesado vuelo? Nunca he podido explicármelo; y como su viaje me parece fabuloso, he tenido la pa-

ciencia de pasar algunas noches en el mes de abril á la orilla del mar, para ver si lograba verle venir, y jamás lo he conseguido. Sólo al nacer el día le he visto



Amor y caza

echado sobre la playa y con muestras de gran fatiga. Indudablemente, si el *saboc* cruza el estrecho de un solo vuelo, debe hacer un esfuerzo heroico, titánico.

Tomo III.—Caza mayor y menor

El *saboc* pertenece á la familia de las aves *rapaces*: tiene el tamaño de una tórtola, y dos pequeñas garras pegadas al pecho, de modo que cuando se halla parado

71